

Alberto Romero

Novelista y personaje

Alberto Romero, novelista y precursor del periodismo de los escritores chilenos, fue autor de "Memorias de un asesgado", "Buenos Aires exprimido", "Selliquitos de un hombre expresado", "Un infierno", "La tragedia de Miguel Otero", "La vida del convalejo", "La novela de un peripelado" (recuerdos de una dictadura), "Un milagro, Toto", "La mala estrella de Persico González", "España está un poco mal".

El escritor nació en Santiago el 20 de junio de 1896, y falleció en la capital, el 21 de julio de 1981. Lo visitaron muy poco antes de su fin, habitante de un confortable hogar de ancianos, rodeado de jardines, huerto y dueño de si. Fue casado con una distinguida dama argentina de cuyo país Romero fue un constante admirador.

La mañana familiar, se educó en un colegio privado, se trabajó en la Caja de Crédito Hipotecario, le dieron a Alberto Romero una presencia de autor acompañado y habla bondadosa. Al menos así lo conocí allí por el año 1936, cuando publicó su primer libro de versos y acudió a la Sociedad de Escritores, ubicada en la calle Compañía, justo al diario "El Mercurio", para entregarle el tema con esa dedicación clinal de todos los poetas que llegan a ese mundo, brillan o se eclipsan, conforme al vaticinio romántico de que podrá no haber poeta, pero siempre haber poesía. Alberto Romero entró junto a otros escritores que ya se iban y me impresionó por la pulcritud de su vestimenta, de firmo paso, por su caminar tranquilo y seguro bajo un chubasco que le cubría como un toldo.

No era, como puede advertirse, un bohemio Alberto Romero extiernamente, más lo era sin duda por dentro, porque este hombre de mediana estatura y andar cuidadoso, era un solitario que vagaba por los barrios más populares y que gozaba por un impulso de ternura y un confuso sentimiento sindicativo, amaba entrañablemente al pueblo, a sus criaturas de vida oprobiosa que ambicionaba mostrar, reajustar con el único medio a su alcance: la expresión literaria. Los mármoles clauzados de su oficina, la tradición de su ambiente familiar, encontraban su recompensa en los vividos suficientes en que habían de incubarse sus obras mejores.

¿Y qué pensaría los personajes de su muerte-pueblo, cuando venía a ese caballero vestido de gris, con chubasco y bandolera que les miraba tan asonanteamente? ¿Era un varón equivocado? ¿Era un detective? Era sólo un escritor, alguien que buscaba la piedra para convertirla en arena, que andaba silencioso con la vida a fin de contemplarla en su más aplomado y trascendente equilibrio. El propio novelista Alberto Romero nos explicaría las causas de su amor. En entrevista publicada en 1932, afirma: "Mi primer contacto con el

alma popular de mi tierra, data de la época en que hice mi servicio militar. Conocí entonces algunos conservadores con los cuales conviví estrechamente. Dormí con ellos en una misma cuadra (dormitorio). De modo constante he conservado gran cariño por los gentes humildes, por los habitantes del suburbio. Observé atentamente sus tipos, sus costumbres, me interesé sus paisajes y todo esto procuré reproducirlo con fidelidad en lo que escribo".

Honesto confesión, ideario propio de un escritor que pocas protestas y poetas dejarían de compartir. No pensaba de otra manera el incomprendido y apasionado Carlos Pérez Véliz, cuando escribía su "Diario" en la calle Merced de los Nidos, adelante a la Plaza Almagro, y anotaba sus declaraciones de amor a la inacabable soprano Sofía del Campo quieca, en probable, senza signo de su existencia.

Alberto Romero amesorraba estas inquietudes que le conservaba con sus modestas tareas de servidores de una institución bancaria, con horario fijo y garantía que estaba siempre mirando. Después, en sus horas libres, ido ya el sol, vagaba por las calles. Algunos amigos le sorprendían por la Plaza de Armas, como si regresara o partiera de una expedición muy peligrosa. Los sombreros habían caído y entre los portales y los bancos del arcaico paseo, se negaban horizontes supervisores. El escritor no vagaba sin dirección como los vulgares hodonistas de tacones derrengados; además de escribir libre de la rutina, quería cultivar un mundo de apariencia inaccesible cuyos personajes no soñaban sus lectores. Era preciso entonces establecer una disciplina personal, a costa del esparcimiento y del sueño, que admira de consumir con el fuego de las ideas, acabaría con la juventud y con las reservas naturales de la vida.

No obstante, quedaba tiempo y energía para dedicarse a la actividad gremial (por algo Romero alcanzó la senescuicia), a la Sociedad de Escritores, a la Alianza de Intelectuales que fundara el poeta Pablo Neruda, pasando más de los pueblos que en los libros. España combatió en guerra civil; Federico García Lorca había sido asesinado y los poetas y escritores de Chile olvidaban sus sordos y el ergazo de las metálicas, para entregarse a una lucha social que les sustituía como la propia inspiración. Una prueba de esta inacción cultural, de este decoro que viene de la entrada del pueblo, se la dio un niño español a Romero en Viña del Mar donde los escritores anticomunistas del mundo se reunieron en las horas más sombrías de la guerra civil, diciéndole: "España está un poco mal", tristeza de uno de sus libros.

Ediciones LOM ha reeditado en estos días, diecisiete años después de su muerte, "La mala estrella de Persico González" de Alberto Romero. Es un reconocimiento

merecido para quien no fue suficientemente valorado en vida y estuvo injustamente olvidado. Pero el destino literario es así. Se trata, a nuestro juicio, de una novela vigorosa, a la española, con la fuerza narrativa de un Vicente Blanco Thalía o entre los escritores chilenos, a la altura de las mejores páginas de Joaquín Edwards Belli. El novelista busca el bajo fondo del arrabal mataguino, la vecindad del Matadero Municipal, el encubrir de los poemas. El amor entrañable de Romero a la ciudad dinamiza las páginas de esta novela, siempre dictadas por el amor, por la ternura hacia los seres humanos que viven hacinados inhumanamente. Quienes busquen la expresión literaria de la calle mataguina, del humo, del humo, del Matadero Municipal, están bárbaro a pesar de mis reglamentaciones, de la prensa de lance, buscosa o "pasionada", no podrán prescindir de esta obra de Alberto Romero, aquella que repuja mejor su propio perfil.

"Unas estrellas grandotas - escribe el novelista en una de sus páginas iniciales- unas estrellas curiosas resplandecen encino del suburbio; se reflejan en la superficie turbia de los charcos, arrancan vislumbres de podería a los tronos de lava espumados en medio de la calleja que lleva a carbón de piedra, a estiércol y a huesos quemados".

Capazos un naturalismo poético, cierta emoción contenida, el aliento de un escritor que busca la belleza desde ángulos suspensivos, dispuestos a imponerla, a lograr su trascendencia.

A propósito del cariño de Alberto Romero por la República Argentina —para su expatriación— se han permitido recordar la entrevista que hace el escritor chileno a la gran poeta argentina Alfonsina Storni, llevándola a un tema por donde sugiere: el amor. Preguntó Romero: "¿Tiene usted novio, Alfonsina?" Y la poeta es su plena respuesta: "No, no, dicen... Creo que si tuviera un novio, pero mejor sería llamarle amor a esa pasión que nunca llegó a personificarse dentro de los ritmos humanos". Hasta aquí la sugerente respuesta.

Nosotros vimos de cerca a Alfonsina, en Santiago de Chile, allí por el año 1938, el año de su muerte, cuando salió del Correo Central en compañía de Raúl Silva Castro. No era una mujer agraciada para nuestros cánones que vienen de los artificios de Hollywood; pero era una emanación del amor, por encima de la necesaria contraparte. Curiosamente, cuando la poeta busca la entrada del mar, acostada por una enfermedad incurable, deja su sonrisa clave que merece ser transcribir y que reza así:



Dilectos de flores, copia de rocio,
mimos de hierbas, ríos, rodriña fino,
tense prestas las silbadas terrozas
y el edredón de maizos encardidos.
Voy a dormir, rodriña mia, acádame,
Ponme una lámpara o la candelera;
una consuelo; la que te guste;
todas son buenas; bójala un poquito.
Déjame sola; oyen romper los brotes...
se acusa un pie celeste desde arriba
y un palo se traza unos compases
para que oídas... Gracias, ¡Ah, no encargó!
Si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que te salido..."

Este poema entrañecedor intitulado "Voy a dormir", figura en el tomo "Mujer y Cultura en el Mundo Hispánico", Madrid, Los Angeles, California, 1989, de David Valiño y yo, en vanguardia, un bailego. A ese acierto concibe, según pudimos comprobar, el poeta chileno, profundo conocedor de la poesía de nuestras lenguas, Antonio Campiello; pero la iniciativa de la cativadora poesía pertenece a Alberto Romero. ■

LUIS MERINO REYES

Novelista y personaje [artículo] Luis Merino Reyes.

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Novelista y personaje [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)